

Hibridación, diversidad y generalización en el mundo ideológico del fútbol y el polo

Eduardo P. Archetti

Departamento de Antropología Social, Universidad de Oslo

En la literatura antropológica reciente, inspirada en el “descubrimiento” de que el mundo en el que vivimos es global e interconectado, los procesos de “criollización” (*creolization*) usualmente están referidos a la mezcla de ideas, imágenes, símbolos y objetos generados en espacios y tiempos diferentes. A esta mezcla se agrega, en muchas sociedades, el flujo de inmigrantes, refugiados, exiliados y visitantes ocasionales. Es posible, por lo tanto, imaginar en una sociedad determinada distintos procesos de “criollización”. Hanertz (1989 a, b; 1992) sugiere para la sociedad sueca un doble proceso de “criollización” (véase Hylland Eriksen, 1994: 30-37). La cultura nacional sueca importa y presta significados y objetos y en ese sentido es dependiente de otros centros de creación y producción cultural. Pero, paralelamente, la presencia importante de inmigrantes y exiliados crea condiciones nuevas de “criollización” en el proceso de adaptación de éstos a la cultura nacional dominante. En este doble proceso, las relaciones de influencias y poder se invierten cuando se toma en cuenta qué cultura está en el centro en cada proceso: en el primer proceso, la cultura sueca es periférica y en el segundo pasa a ser dominante.

La sociedad argentina de la primera mitad de este siglo es un lugar privilegiado para discutir, comparar y, quizás, elaborar alternativas a este modelo. Es necesario, en primer lugar, recordar la amplitud y profundidad del movimiento migratorio. Desde fines del siglo XIX y durante las tres primeras décadas del siglo XX, la Argentina estaba presente activamente en la constitución de un espacio de intercambio global de mercancías, en las grandes migraciones internacionales de Europa a la “periferia”, en la urbanización rápida y aparición de las grandes metrópolis, en los cambios en el consumo urbano de imágenes y deseos, en las competencias deportivas mundiales y en la circulación de productos culturales de masas. Entre 1890 y 1914, la Argentina se convirtió en una sociedad de inmigrantes que parecería impensable a cualquier ciudadano sueco, en “lucha cultural” con sólo un 8% de población nacida fuera de su país. En ese período entraron a la Argentina más de 4 millones de extranjeros. En 1895, el 25,4% de la población había nacido fuera del país (o sea casi 1 millón de personas) y en 1914 el porcentaje había pasado a un 30% (o sea, 2,4 millones de personas). Buenos Aires vio aumentar su población de 286.000 habitantes en 1880 a 1.576.000 en 1914. En 1914, casi la mitad de la población de la ciudad había nacido en el extranjero. Los inmigrantes españoles e italianos constituían la mayor parte de esa migración, con un 35% y un 39,5% respectivamente. Los inmigrantes británicos, re-

levantes para la trama histórica de este artículo, con 30.000, representaban un 2% del total de la población de origen extranjero. El número de inmigrantes era particularmente importante en los sectores profesionales de clase media: representaban el 67,7% de los comerciantes, el 64,9% de los arquitectos, el 52% de los ingenieros y el 76,2% de los artistas que trabajaban en los distintos teatros de Buenos Aires (Solberg, 1970: 33-61). En 1930, la ciudad contaba con 3 millones de habitantes, de los cuales un tercio eran inmigrantes europeos (Cornblit, 1969: 394). No es casual, por lo tanto, que Rojas concibiera el "aluvión migratorio" y la falta de una política cultural alternativa de esta manera:

Entregado el escaso elemento nativo a la invasión ávida de pueblos heterogéneos, deprimida la tradición americana por los mismos que no supieron embellecerla, corrompido el idioma por la barbarie dialectal de las inmigraciones, privado el país de una iglesia inteligente que hubiera tomado como el clero inglés la dirección moral de su cultura, desprovistos los argentinos de esa aptitud metafísica que salvó del desastre a los alemanes, estimulado más bien el sensualismo criollo por la belleza de sus hembras y la generosidad de su suelo, la escuela nacional debió haber sido baluarte que salvara generaciones argentinas (1909: 89-90).

Esta imagen de "invasión", de "corrupción" del idioma, de "caos" moral y sexual producido por la creciente globalidad del país, central en los pensadores nacionalistas de esa época, lo es también en escritores más cosmopolitas como Borges. Borges en 1926 contrasta las orillas y los arrabales de Buenos Aires, poblada de criollos, con el centro de la ciudad en donde predomina: "(lo) babélico, lo pintoresco, lo desgajado de las cuatro puntas del mundo... la morería... y la judería" (1993: 24).

La inmigración y la inmersión en la traumática globalidad de esa época obligan a la sociedad argentina a pensar esos procesos como problemáticos. En el esquema de Han-nertz, la "criollización", término que prefiere al de "hibridación" por ser más neutral, aparece como un proceso pensado por el observador. La idea de "criollización" es, en consecuencia, una categoría analítica y no necesariamente una categoría nativa. El análisis de la producción ideológica y cultural de la sociedad argentina permite, precisamente, examinar esta categoría y los procesos de conversión y transformación asociados a ella como productos genuinos, como una ilustración de procesos de creatividad cultural. En mi artículo los conceptos de hibridación, diversidad y generalización van a tener el estatus epistemológico que el concepto de "criollización" tiene en esta literatura antropológica.

Este artículo contiene tres partes. En la primera parte voy a presentar de manera sucinta los conceptos que guiarán mi análisis y haré una breve referencia a algunos pensadores nacionalistas. En la segunda y tercera partes voy a concentrarme en la presentación de los resultados de mi investigación sobre los mundos ideológicos del fútbol y el polo, dos deportes "británicos" que para 1930 serán arenas en donde los hombres argentinos podrán exponer sus virtudes al mundo entero. El fútbol y el polo son, asimismo, deportes que tienen una práctica de clase diferenciada y que permiten problematizar la relación compleja entre hibridación y diversidad en la constitución de lo nacional-criollo. En un caso las relaciones son entre hombres (preferentemente urbanos en el imaginario deportivo porque el deporte es una práctica del tiempo libre) y en el otro entre hombres y caballos (lo que permite imaginar mundos rurales). El examen del mundo social y simbólico del deporte estará

circunscripto a los “intelectuales” de estas actividades: periodistas y dirigentes deportivos. Gran parte del material proviene de *El Gráfico*, un semanario deportivo que comienza a publicarse en 1919 y que puede ser, sin lugar a dudas, considerado como el semanario deportivo producido por las clases medias con más influencia en la sociedad argentina de esa época. Espero que mi análisis muestre el alto grado de consistencia ideológica entre los intelectuales “cultos” y los “populares”. Ambos campos intelectuales participan en las mismas discusiones y tienen el mismo tipo de preocupaciones teóricas. Veamos esto más de cerca.

Hibridación, diversidad y generalización

Volvamos por un momento a Rojas. Rojas reconoce que la riqueza y la inmigración han sacado a Buenos Aires, y uno agregaría a gran parte del país, de su “homogeneidad aldeana” (1909: 89). Los cambios imaginados como posibles son dos: lo “heterogéneo orgánico”, es decir una mezcla que funciona, y el “caos”, es decir la ausencia de mezcla, la coexistencia de grupos étnicos diversos (1909: 89). La idea de mezcla, como veremos más adelante, es central entre los pensadores de la hibridación del siglo XIX y es importante también en Rojas (véase Young, 1995: 9). Gobineau, el teórico del nacionalismo que tanto influyó en los nacionalistas argentinos, es también partidario de la mezcla, pero una mezcla que se hace desde una “civilización dominante” o, mejor, desde una “raza” que al mezclarse condiciona o somete a la otra (Gobineau, 1983: 1159-1170, y Todorov, 1989: 153-164). Rojas no desdeña la mezcla y no debemos olvidar que la mezcla es postulada como la mejor solución, pero ésta debe hacerse desde una civilización nacional fuerte que absorba lo extranjero. La mezcla debe hacerse “con un contenido de civilización propia, que no se elabora sino en substancia tradicional”. Frente a esto la alternativa es que “*la raza* sucumba entregada en pacífica esclavitud al extranjero” (1909: 91).

Detengámonos por un segundo en Lugones. Es posible entender su concepción del gaucho como una teoría sobre los resultados de la hibridación, de la mezcla entre españoles e indígenas. Para Lugones, el gaucho heredó el orgullo de la “sangre fidalga” y la “independencia del indio antecesor”. Esta mezcla lo apartaba de la servilidad de los negros y de la falsía de los mulatos (una mezcla con consecuencias negativas). En su teoría de las razas que se mezclan, la india y la española son “razas viriles” (1961: 61). Es obvio que una mezcla que no se haga entre razas viriles no tendrá el mismo resultado pero también Lugones postula con toda claridad que la mezcla es mejor que los estados puros. Incluso, encuentra en el traje del gaucho “elementos de todas las razas que contribuyeron a su formación” (1961: 74).

El proceso de hibridación permite, en consecuencia, que el gaucho posea:

[...] los matices psicológicos que faltan al salvaje; la compasión, a la cual he llamado alguna vez suavidad de la fuerza; la cortesía, esa hospitalidad del alma; la elegancia, esa estética de la sociabilidad; la melancolía, esa mansedumbre de la pasión. Y luego, las virtudes sociales: el pundonor, la franqueza, la lealtad, resumidas en el don caballeresco por excelencia: la prodigalidad sin tasa de sus bienes y de su sangre (1961: 61-62).

Sin embargo, en la mezcla también se heredan los aspectos negativos: del indio el “atavis-

mo salvaje” que convertía al gaucho en fácilmente cruel en la guerra, y del indio y el español el placer por el “ocio” y el “pesimismo” (1961: 62). Ahora bien, el gaucho como realidad sociológica desaparece históricamente y sólo es posible imaginarlo como un prototipo ideal. Incluso Lugones ve esto como positivo:

[...] su desaparición es un bien para el país, porque contenía un elemento inferior en su parte de sangre indígena; pero su definición como tipo nacional acentuó en forma irrevocable, que es decir, étnica y socialmente, nuestra separación de España, constituyéndonos una personalidad propia. De aquí que el argentino, con el mismo tipo físico y el mismo idioma, sea, sin embargo, tan distinto del español (1961: 83).

El gaucho, pensado como híbrido, es para Lugones el prototipo del argentino de la época en que escribe. Esa “substancia” existe en la confusión de 1916, en la ciudad y la pampa babélica invadida por los extranjeros, y esa substancia volverá a aparecer en la nueva mezcla. Lugones escribe:

Nuestras mejores prendas familiares, como ser el extremado amor al hijo; el fondo contradictorio y romántico de nuestro carácter; la sensibilidad musical, tan curiosa a primera vista en un país donde la estética suele pasar por elemento despreciable; la fidelidad de nuestras mujeres; la importancia que damos al valor; la jactancia, la inconsistencia, la falta de escrúpulos para adquirir, la prodigalidad, constituyen rasgos peculiares del tipo gaucho. *No somos gauchos, sin duda; pero ese producto del ambiente contenía en potencia al argentino de hoy, tan diferente bajo la apariencia confusa producida por el cruzamiento actual. Cuando esta confusión acabe, aquellos rasgos resaltarán todavía...* (cursiva mía) (1961: 79).

En esta concepción, como en la de Rojas, hay una sustancia, una esencia que no desaparece y que se fortalece y vuelve a aparecer en cada mezcla. Esta condición está asociada a esa civilización o raza “superior” que es capaz de condicionar cada mezcla. En este razonamiento una “esencia” no desaparece si es “fuerte”. Esa “fuerza” está pensada no necesariamente a partir de lo biológico sino también en lo ideológico, y de allí la restitución del gaucho y de sus valores. Uno puede concluir que en este modelo las sucesivas mezclas no necesariamente excluyen la muerte de lo criollo. La preocupación principal de Lugones es que la mezcla no lleve a la degeneración o, en otras palabras, a la desaparición de las cualidades del híbrido que constituye lo nacional, lo diferente. Esto explica, desde luego, su xenofobia posterior, especialmente dirigida hacia ciertos inmigrantes europeos. En la teoría de Gobineau la degeneración es imaginable cuando el componente de sangre original comienza a desaparecer. Gobineau, sin embargo, aceptaba que, quizás, éste era el riesgo que había que correr ya que las mezclas no podían detenerse (Gobineau 1983: 334).

Es importante recordar que las políticas de modernización a través de la inmigración y la ideología de *gobernar es poblar* estaban basadas en una definición positiva de la mezcla y en este caso lo europeo mezclado con lo criollo era visto como benéfico. La lógica era la misma aunque el peso de la “sustancia criolla” no era el mismo. Para los nacionalistas, sin esa sustancia toda hibridación es un anticipo de “caos”. Ibarguren comenta a Alberdi de la siguiente manera:

La lucha contra el desierto y contra la barbarie política gauchesca llevó al ilustre pensador argentino a la exageración contraria, repudiando lo genuinamente criollo y buscando convertir al país en un conglomerado cosmopolita sin espíritu nacional y sin fisonomía propia... Tal política... unida a la caudalosa avalancha inmigratoria que ha convertido a Buenos Aires y a una extensa zona del Litoral en una región poliglota y heterogénea, verdadera Babel caótica del punto de vista étnico, no ha fomentado la formación de una unidad espiritual y, por lo tanto, de una alma argentina propia (1934: 153-154).

La obsesión por las consecuencias de la hibridación no es un fenómeno exclusivamente argentino y, desde luego, está presente desde el período colonial en América Latina (véase Mörner, 1971). La problemática del mestizaje y de las mezclas fue una preocupación española y condicionó los modelos ideológicos del nacionalismo moderno. Harris observa correctamente que el mestizaje, la mezcla de español e indígena, es la ideología nacional dominante en América Latina (1995: 110). En esa dirección, la categoría criollo o gaucho es una ilustración de la validez de esta afirmación. Sin embargo, los nacionalistas argentinos, confrontados con la inmigración masiva europea a su país en un contexto nuevo de expansión capitalista y colonial, estarán sometidos en el siglo XIX y comienzos del siglo XX a otras influencias ideológicas, productos de la época victoriana y de la aparición de los pensadores nacionalistas y románticos europeos. Esta obsesión europea por lo híbrido coincide con la rápida expansión colonial capitalista pero, también, con la preocupación por experimentar en la mezcla de especies de los reinos vegetal y animal. No hay que olvidar que en la teoría de Darwin (1859) cuando se alcanza cierto grado de hibridación determinadas especies no podían ser vistas como absolutamente distintas. Para Latour (1991) la modernidad como práctica científica e ideológica descansa fundamentalmente sobre dos tipos de operaciones, la primera es la creación de híbridos, mezclas que producen nuevo tipo de seres, y la segunda es la separación (purificación) de dos entidades ontológicas: la de los seres humanos y la de los no humanos.

Según Young (1995: 25) tres modelos de hibridación fueron dominantes en esa época. En el primer modelo, la categoría de lo híbrido es conceptualizada como una mezcla que crea una "forma pura" que tiene la particularidad de reproducirse, repitiendo en ese proceso los diferentes orígenes culturales. En el segundo, hibridación como "criollización" (*creolization*) aparece como fusión, como la creación de una nueva forma que puede ser comparada con la anterior y de la que está parcialmente hecha. La idea de fusión implica que es difícil reconocer los componentes originales y, en consecuencia, la comparación debe hacerse con cada forma por separado. En el tercer modelo, la hibridación es pensada como un caos a-racial en donde la o las nuevas formas creadas en la mezcla están muy cerca de una heterogeneidad radical, de la discontinuidad total y de la revolución permanente de las formas. Del análisis sumamente parcial de Rojas, Lugones e Iburguen (aceptando las diferencias que hay entre ellos) se puede concluir que al primer modelo se opone como alternativa el tercero. Los dos modelos eran pensados como posibles en la Argentina y claramente el tercero era evaluado negativamente. Estos modelos ilustran claramente que la idea de hibridación implica que determinadas entidades (en nuestro caso seres humanos) son el producto de relaciones entre tipos y, obviamente, entre individuos pertenecientes a diferentes tipos.

Asimismo, estos tres modelos tienen algo en común. La hibridación convierte lo di-

ferente en igual, y lo igual en diferente, pero de una manera en que lo igual no es siempre lo mismo, y lo diferente tampoco es simplemente diferente. La diferencia y la igualdad aparecen en una suerte de imposible simultaneidad. La hibridación consiste en una operación binaria extraña en el que cada paso adquiere sentido como oposición al anterior y remite a formas momentáneas de dislocación y desplazamiento. Al mismo tiempo, enfrentados con modelos de cruza diferentes la tentación de imaginar las distintas mezclas en una suerte de modelo jerárquico está presente. En la Inglaterra victoriana la obsesión con las mezclas que provocaban la infertilidad del híbrido fue más o menos permanente (esto acompañado posteriormente con ideas acerca de la degeneración genética). Es lógico, por lo tanto, que una teoría de la hibridación puede incluir ideas relacionadas con mecanismos sociales y sexuales de inclusión y exclusión. Young (1995: 181), correctamente, enfatiza que las teorías de hibridación son teorías sobre el deseo, sobre una "deliciosa fecundidad" sin límites y, podemos agregar, hasta cierto punto peligrosa.

Si aceptamos este razonamiento, todo proceso de proliferación sexual abre las puertas a la diversidad y al aumento de la complejidad social. La diversidad en sociedades modernas aparece vinculada no sólo a la idea de mezcla en general, sino al hecho de que cada individuo es, de alguna manera, único. Contra esta idea de diversidad hay que pensar el problema de los tipos o de las identidades que resumen características comunes. Como bien lo plantea Strathern, la diversidad aparece como una interferencia de la generalización, es decir que frente a muchos tipos o variaciones individuales existe la idea de lo único, lo común, de una sociedad o cultura compuesta no sólo por una pluralidad de individuos sino por un todo que define a sus miembros (1992: 26). Lo general, lo criollo o lo argentino, eventualmente, evoca un modelo en el que el todo trasciende las partes, o sea los individuos que lo integran. El problema es, entonces, cuanto de ese todo uno puede encontrar en cada individuo. Este modelo evoca el funcionamiento de un organismo. El otro modelo posible es, simplemente, imaginar que los individuos poseen ciertas cualidades que evocan una tradición o una comunidad y que en este sentido contribuyen a la creación del todo. Aquí se piensa el todo a partir de los atributos individuales. Como veremos más adelante y como, de alguna manera, hemos visto ya en Lugones, estos modelos pueden coexistir y no se excluyen mutuamente. Lo importante es, de todos modos, estudiar los modelos nativos que conceptualizan la relación entre la diversidad y la generalización en procesos concretos de hibridación. En ese contexto, según Strathern:

[...] we are dealing with people who themselves make generalisations, who imagine that they are part of larger collectivities, who act with reference to what they assume to be widespread norms and such like, and who are consequently preoccupied with what they take to be a relationship between the particular and the general (1992: 28).

Nuestro análisis de los modelos nativos ha de concentrarse en actividades deportivas que, con el tiempo, se transformarán en campos de prácticas sociales y construcción de narrativas, formales o informales, escritas u orales, con una cierta densidad simbólica para pensar lo argentino, lo típico, lo común y lo general. Paralelamente, estas prácticas van a ser utilizadas no sólo para conceptualizar cómo los individuos se integran en un todo, sino también para ver cómo lo nacional o sea lo local global se articula con lo universal global. Los británicos, como hemos ya visto, fueron una minoría demográfica en la Argentina in-

migratoria, pero su importancia social, económica e ideológica sobrepasa con creces lo meramente cuantitativo. Los británicos “modernizaron” no sólo la pampa con el ferrocarril, las nuevas razas de animales y los cambios tecnológicos, sino que también introdujeron los clubes, los deportes y el culto a la competencia. Los británicos pasarán a ser en el siglo XX el otro relevante para los nacionalistas y serán “pensados” a partir de un modelo de colonización en donde lo central será la explicación de cómo se generan relaciones de desigualdad y dependencia política y económica y, por lo tanto, la importancia de eliminarlas. Es obvio que este modelo es completamente diferente a los modelos de hibridación que hemos discutido. Incluso, desde la propia perspectiva británica, la idea dominante en las primeras décadas de este siglo era que estaban de visita (Graham-Yooll, 1981: 16). Veremos cómo estos dos modelos están, de un modo más o menos explícito, presentes en el fútbol y en el polo. En nuestro artículo, lo central será el análisis de cómo los británicos y los inmigrantes no británicos son pensados y se piensan a partir de las prácticas deportivas. En otras palabras, trataremos de ver en qué medida los británicos participan o no en un proceso de hibridación cuyo resultado principal será la construcción de estilos “criollos”. El fútbol y el polo nos ayudarán a problematizar las relaciones existentes entre diversidad y generalización y veremos, al mismo tiempo, cómo en este proceso se generan mecanismos más o menos explícitos de inclusión y exclusión.

Hibridación en el mundo ideológico del fútbol

A partir de 1928 *El Gráfico* desarrolla la teoría de las dos fundaciones del fútbol argentino: la primera fundación será británica y la segunda será criolla. Uno de los argumentos utilizados alude al origen étnico de quienes lo practicaban en los equipos más famosos y, a la vez, integraban el equipo nacional. En la fundación británica, desde 1887 hasta 1912, cuando se quiebra la hegemonía del club Alumni, el “glorioso club británico”, los jugadores de origen británico dominan:

[...] fueron ingleses venidos al Río de la Plata los primeros que practicaron el juego y siguieron practicándolo sus hijos incorporados en colegios ingleses tal cual se hace hoy con otros deportes como el cricket. Tuvo pues *el football rioplatense su origen inglés en sus primeras prácticas* y la primera lección de técnica superior estuvo a cargo del Southampton, y luego el Nottingham Forest, Everton, Tottenham Hotspur, etc. *Todo complementamente inglés, como puede verse y apreciarse en nuestros famosos cracks de nuestra iniciación en el football que se llamaron Brown, Weiss, Lett, Ratcliff, Buchanan, Moore, Mack, Leonard, Watson Hutton y tantos otros cuyos nombres no difieren en nada de los que practican el football en la Rubia Albiión* (cursiva mía) (*El Gráfico*, 1928, 470: 15).

La fundación criolla tiene su origen en 1913, cuando el Racing Club, teóricamente sin un solo jugador de origen británico (en el plantel había jugadores no tan centrales de origen británico, como Wine, Loncan y Prince) conquista el campeonato de primera división por primera vez. A partir de ese momento los clubes “británicos” pierden su peso futbolístico y sus jugadores desaparecerán de los equipos nacionales. Según *El Gráfico* este cambio ha sido posible ya que:

[...] cuando el football comenzó a difundirse, dejaron de ser los cracks nombres británicos para transformarse en apellidos puramente latinos, especialmente italianos y españoles, como García, Martínez, Ohaco, Olazar, Chiappe, Calomino, Laforia, Isola, etc. (mi cursiva) (*El Gráfico*, 1928, 470: 15).

Es interesante observar que lo “criollo” se define a partir de la predominancia de apellidos españoles e italianos. Lo “criollo” pasa a ser una fundación de los hijos de inmigrantes “latinos”. Los hijos de inmigrantes “ingleses” nunca fueron concebidos como “criollos”, no se transformaron en “criollos” jugando al fútbol. ¿Cómo explicar estas diferencias? El razonamiento puramente genealógico da lugar a un razonamiento fundado sobre estilos de jugar. Los estilos, a su vez, van a estar basados en las diferencias étnicas conceptualizadas como diferencias de carácter y en la forma en que se estructuran los sentimientos y las prácticas corporales. Luego de que los hijos de inmigrantes latinos hayan hecho suyo el fútbol, a partir de mediados de la primera década de este siglo, *El Gráfico* explica:

[...] es lógico que con el correr de los años, toda la influencia sajona del football haya ido desapareciendo para dar paso al espíritu menos flemático y más inquieto del latino... Inspirados en la misma escuela que los británicos bien pronto los latinos fueron modificando la ciencia del juego e hicieron una propia, hoy ampliamente reconocida... ella se diferencia de la inglesa en que es menos monocorde, menos disciplinada y metódica, pues no sacrifica el individualismo en homenaje a la suma colectiva de los valores. En el football inglés todo tiende a destruir la acción personal para formar un todo sólido, de manera que un team no se cuenta por sus hombres separadamente, sino por la acción uniforme de todo un conjunto. De ahí que el football británico sea realmente poderoso y tenga la fuerza regular e impulsiva de una verdadera máquina, pero es monótono porque siempre es igual y uniforme. El football rioplatense, en cambio, no sacrifica enteramente la acción personal y utiliza más el dribbling, el esfuerzo personal generoso, tanto en los hombres de ataque como de defensa, por consecuencia, un football más ágil y vistoso (mi cursiva) (*El Gráfico*, 1928, 470: 15).

En este texto aparecen un conjunto de oposiciones simétricas que serán sistemáticamente desarrolladas por *El Gráfico*. Lo “británico” aparece identificado con lo flemático, la disciplina, el método, lo colectivo, la fuerza y el poder físico. Estas virtudes ayudan a concebir un estilo como una “máquina”, es decir repetitivo. El autor reconoce que este estilo permite conceptualizar el fútbol británico como “perfecto”, es decir industrialmente perfecto. Lo “criollo”, gracias a la influencia latina, es exactamente lo contrario: inquieto, individualista, menos disciplinado, basado en el esfuerzo personal, ágil y virtuoso. Gracias a estas características, concluye el autor, es posible imaginar al fútbol rioplatense como imperfecto y por lo tanto sujeto a desarrollarse cuando se declare el profesionalismo.

Es necesario retener virtudes corporales opuestas que, identificadas como “británicas” y “criollas”, han de sufrir una posterior transformación. Las virtudes corporales inglesas aparecen asociadas a “la fuerza y el poder físico”, mientras que las virtudes de los criollos tienen que ver con la agilidad y la virtuosidad de los movimientos. La metáfora de la “máquina” como opuesta a la creatividad individual es, en esta época, una constante en el imaginario futbolístico argentino. Lo “británico” se asocia a lo industrial y lo “criollo” a un sistema social preindustrial. Frente a la máquina, o sea lo repetitivo, lo típicamente

“criollo” debe ser el “dribbling”. El “dribbling”, que luego se llamará “gambeta” (palabra que viene de la literatura gauchesca y alude al movimiento del avestruz al correr), es algo eminentemente individual y no se puede programar, es lo opuesto al juego industrial colectivo de una máquina.

Para 1928 lo “criollo” ha adquirido características propias. La “fundación” del “estilo criollo” tiene que tener una fecha, un actor y un evento preciso: el Racing Club, que en 1913 desaloja como campeón al Alumni, el club hegemónico por años y años, representante no sólo de la “fundación” británica del fútbol sino también del “estilo británico”. Uno puede concebir un estilo propio de jugar al fútbol como algo totalmente imaginario pero, por lo general, sale de la comparación con otros estilos, como los textos arriba citados lo indican. Sin embargo, entre 1913 y 1928 transcurren quince años y es posible imaginar que el pasaje del estilo británico al criollo se fue haciendo de un modo paulatino. En esa transformación la mirada del “otro lejano”, los europeos, y del “otro cercano”, los uruguayos, será importante.

El Gráfico (1923, 190: 4) sostiene tempranamente que el fútbol llegará a ser el deporte fundamental en la Argentina ya que permite que una nación se exprese a través de su equipo nacional. Esto, enfatizan, no puede darse a través de los deportes individuales. Participar del equipo nacional exige a los jugadores elegidos una alta conciencia nacional ya que deben postergar sus intereses particulares de jugadores de clubes diferentes. Al mismo tiempo, el editorialista observa que las diferencias nacionales, las diferencias entre estilos, se pueden ver mejor en un partido de fútbol que en cualquier otra competencia deportiva. Podemos leer que:

Entre los sudamericanos existen ya esas diferencias de estilo. Los argentinos se han distinguido por rápidas arremetidas a pases largos, terminados con potentes shots. Un juego muy distinto es el de los uruguayos, quizás más brillante pero menos eficaz. Pases precisos, cortos, con poco trabajo de las alas, siempre próximo al arco contrario, aunque sin rematar bien al ataque. Los chilenos un juego completamente abierto y violento, carente aún de táctica, sus hombres hacen derroche de resistencia física. Los brasileños con táctica semejante a la de los uruguayos aventajan a éstos en sus tiros al arco hechos a toda carrera. Los paraguayos tienen un juego semejante al de los argentinos (*El Gráfico*, 1923, 190: 4).

En este párrafo debemos retener las diferencias entre argentinos y uruguayos. Los uruguayos aparecen como más “rioplatenses” en el sentido de que practican un juego individual y brillante menos eficaz que el de los argentinos. Los argentinos en 1923 todavía se parecen al estilo “británico” ya que juegan con pases largos y terminan sus jugadas con potencia y fuerza en los disparos al arco. Ha habido “fundación criolla” pero el estilo está todavía impregnado de la influencia inglesa. En 1924 a los jugadores ingleses del Plymouth Argyle en gira en la Argentina los impresiona que los argentinos lucen en su juego características netamente británicas: “velocidad, empuje y combinaciones” (*El Gráfico*, 1924, 257: 24).

El triunfo uruguayo en las olimpiadas de 1924 en París y la gira exitosa, por muchos países europeos, de Boca Juniors, un equipo de la primera división argentina, en 1925, van a confirmar la existencia de un “fútbol rioplatense” distinto al europeo y al inglés. Hasta la gira de Boca los argentinos eran más ingleses que los uruguayos. Los europeos van a

ayudar, con su percepción de las diferencias, en la definición de un “fútbol rioplatense” jugado tanto por argentinos como por uruguayos. La visita en 1926 del Real Deportivo Español, un club de Barcelona, va a permitir el desarrollo de la teoría del fútbol criollo como algo diferente. *El Gráfico*, sin ninguna modestia, escribe a propósito de la visita del equipo catalán:

Consideramos muy alto el valor del football que se practica en nuestro país –tan alto que sólo apreciamos como superior al football de los profesionales británicos– y es por ello que dentro de un concepto severo en la técnica reputemos el mérito de nuestros huéspedes... deduciremos que el football en España ha adquirido un adelanto sorprendente que lo coloca casi a nuestra altura, y decimos precisamente casi a nuestra altura porque tenemos la convicción de que el nuestro es más técnico, más rápido, más preciso: quizás carezca de efectividad por la habilidad en la acción individual de nuestros grandes jugadores, pero el football que practican los argentinos y que hacemos extensivo a los uruguayos es más bello, más plástico, de mayor precisión ya que para llegar al arco adversario no se hace con pases largos y adelantados, terminados casi en seguida, sino que es cada avance la consecuencia de una serie de acciones breves, precisas, colectivas de “dribblings” hábiles y pases precisos como una filigrana (*El Gráfico*, 1926, 366: 17).

Los jugadores del equipo catalán concurren al estadio a ver el partido entre Platense e Independiente y al ser interrogados sobre las características de los jugadores y equipos argentinos dicen:

[...] que nuestro football es muy hábil y elegante y los jugadores argentinos están dotados de grandes condiciones para la práctica del deporte pero encuentran que su juego es poco decisivo. Los forwards argentinos son notables en el pase; el dribbling por su astucia, rapidez y exacta comprensión del juego, pero no rematan con shots al goal al que desean aproximarse mucho para terminar los ataques en lugar de dirigir el shot final más o menos al llegar al área penal... (*El Gráfico*, 1926, 366: 9).

En la percepción de *El Gráfico* como en la percepción de los jugadores catalanes la habilidad en el “dribbling” de los jugadores argentinos aparece como una de los aspectos fundamentales del estilo criollo. El “dribbling” es una cualidad individual y no colectiva. El estilo colectivo pasará, en consecuencia, a depender de las cualidades de sus mejores exponentes, poseedores de una técnica superior de “dribbling”. El “dribbling” se convierte en el factor que permite pasar de la “fundación” al cultivo de un estilo. El “dribbling” permite corporizar el estilo. En ese proceso las miradas de los “otros”, los europeos, aceleran el proceso. Al mismo tiempo, los jugadores argentinos y uruguayos que comienzan a salir a Europa en la década del veinte serán los grandes “dribleadores”.

En ese contexto y con el estilo propio afirmado, Borocotó, en 1928, elabora la teoría del “dribbling criollo”. Esta teoría está basada en las cualidades personales de los “pibes criollos” y su relación con los contextos sociales y espaciales que les permitieron desarrollarlas (*El Gráfico*, 1928, 480). En primer lugar, el “pibe criollo” se dio cuenta al ver cómo jugaban los ingleses de que en ese estilo de juego no había lugar para la improvisación, para la “imaginación”. En segundo lugar, los “pibes” practicaban el fútbol espontáneamente en los “potreros” (espacios vacíos de la ciudad, de distinto tamaño, por lo gene-

ral chicos, y muy irregulares) sin que estuviera un maestro presente como era el caso en Inglaterra en donde, según Borocotó, el fútbol se practicaba fundamentalmente en los colegios. En los potreros ante la acumulación de jugadores en un espacio bastante reducido la única posibilidad de tener la pelota un cierto tiempo era convertirse en un “dribbleador” empedernido. En tercer lugar, Borocotó recuerda que el fútbol argentino se ha hecho conocido en el mundo a partir del “dribbling” y los jugadores que dejan la patria para ir a jugar a Europa son los que mejor “dribblean”. Borocotó sostiene, enfáticamente, que hasta esa época la Argentina era conocida en el mundo por haber exportado el valor de sus novillos congelados y la calidad de sus cereales, “productos no populares” —en el sentido de que provenían de las estancias de la clase terrateniente pampeana, y que ahora es importante que sea conocida por sus “productos populares”—. Uno de esos “productos populares” de gran calidad es el “dribbling” y sus exponentes, los exquisitos jugadores argentinos de fútbol.

En esta teoría, claramente, el “pibe” (el chico), sin ningún tipo de enseñanza, es el inventor del estilo “criollo” en el potrero. Esta imagen de Borocotó no sólo señala que hubo un inicio infantil, como en todo juego, sino que indica la importancia de la frescura, la espontaneidad y la libertad que se asocia a la infancia y que, llegada la madurez y con ella las responsabilidades, ha de perderse. Borocotó propone que se levante en la Argentina, “en cualquier paseo”, un monumento al inventor del dribbling. Ese monumento tendría que ser:

[...] un pibe de cara sucia, con una cabellera que le protestó al peine el derecho de ser rebelde; con los ojos inteligentes, revoloteadores, engañadores y persuasivos, de miradas chispeantes que suelen dar la sensación de la risa pícaro que no consigue expresar esa boca de dientes pequeños, como gastados de morder el pan “de ayer”. Unos remiendos unidos con poco arte servirán de pantalón. Una camiseta a rayas argentinas, demasiado descotada y con muchos agujeros hechos por los invisibles ratones del uso. Una tira atada a la cintura, cruzando el pecho a manera de banda, sirve de tirador. Las rodillas cubiertas de cascarones de lastimaduras que desinfectó el destino; descalzo, o con alpargatas cuyas roturas sobre los dedos grandes dejan entrever que se han efectuado de tanto shotear. Su actitud debe ser característica, dando la impresión de que está realizando un dribbling con la pelota de trapo. Eso sí: la pelota no puede ser otra. De trapo, y con preferencia forrada con una media vieja. Si algún día llegara a instalarse este monumento seríamos muchos los que ante él nos descubriríamos como ante un altar (*El Gráfico*, 1928, 480: 11).

Chantecler, otro de las grandes escritores de *El Gráfico*, va a colaborar también en la elaboración de la teoría de lo “criollo”. El “dribbling”, una expresión corporal, va a pasar a ser una muestra de lo fundamental del “criollo”. El “dribbling” expresa la viveza y la picardía criolla frente a la ingenuidad británica (1928, 467: 16). A la pura imaginación del pibe y la congestión de jugadores en el potrero, rasgos principales de la teoría de Borocotó, se agrega definitivamente la picardía. Sin la existencia de la picardía y la viveza como cualidades no podría surgir el “dribbling” y no habría espacio para la improvisación creadora. Chantecler sostiene que los británicos son “fríos” y “matemáticos” y que por eso juegan un fútbol “sabio”. Al contrario, los rioplatenses al ser “calientes” e “improvisadores” juegan un fútbol “genial”. Asimismo, establece una diferencia entre los rioplatenses: los argentinos juegan con el corazón, son más agresivos y veloces, mientras que los uruguayos juegan con la cabeza, son más románticos y calmos (1928, 467: 16). Sin

embargo, afirma que, pese a esas diferencias, se puede hablar de un fútbol rioplatense. Históricamente y por el hecho de haber jugado la final del “campeonato mundial que son las olimpiadas”:

[...] el football rioplatense es el más apreciado del mundo, y la inteligencia puesta al servicio del deporte por un puñado de muchachos jóvenes y viriles han hecho más por la despreciada América del Sur que todos los diplomáticos juntos. *Ahora se nos considera y alaba: ahora somos algo* (mi cursiva) (1928, 467:16).

Aquí vemos el mismo argumento de Borocotó: el fútbol permite que los argentinos sean “vistos” por el mundo, sean “recordados” y, sobre todo, “alabados”. El hecho de que argentinos y uruguayos lleguen a la final del primer verdadero campeonato mundial disputado en 1930 va a confirmar esta teoría de la supremacía del fútbol rioplatense.

Chantecler va a seguir trabajando en su teoría de la viveza criolla y su solución será bastante diferente a la de Borocotó. Borocotó, como hemos visto anteriormente, apelaba a las influencias criollas pampeanas. En ese sentido, algo intransferible y único, la pampa y su cultura, se naturaliza: el contacto de los hijos de inmigrantes con la naturaleza (incluso en el potrero) les permite transformarse. Borocotó será consecuente con su teoría sobre la naturaleza de lo criollo. En un artículo tardío publicado en 1950 escribe:

Cada país juega al fútbol como sabe hacerlo y de acuerdo con el temperamento de sus hombres, con su idiosincrasia, como siente el fútbol. ¿Por qué el pibe nuestro quiere moverla, ablandarla, hacer chiches, todo lo cual le ha dado ese maravilloso dominio de pelota que más de una vez resulta poco práctico? *Porqué nació así. No se le ocurrió ser así. ¡Es así! Algo habrá en el aire, en el paisaje, en la sangre, en el asado, en el mate, pero es así. Y por otros lados el aire, la sangre, el paisaje y la alimentación son diferentes. No hay una manera de jugar al fútbol. Hay maneras* (mi cursiva) (*El Gráfico*, 1950, 1618: 48).

Aquí vemos que la manera de jugar viene de la naturaleza, un jugador criollo se hace en un ambiente determinado. La identidad está abierta a esa sustancia natural que existe. El nacer jugador criollo depende del aire, la sangre y la tierra, y de los productos de la tierra: la alimentación (el asado y el mate). Lo “natural” aparece como una barrera contra la transferencia cultural, contra la importación de estilos europeos que es lo que se está discutiendo en 1950. Borocotó encuentra una simetría entre ser y sentir: lo natural tiene que ver con los sentimientos y no con la razón (*El Gráfico*, 1950, 1626: 46). Desde esta perspectiva, los inmigrantes no trajeron nada sustancial que permitiera esa transformación: sus hijos al nacer en la pampa se hicieron criollos. Esta idea de Borocotó es eminentemente moderna porque implica que el individuo participa de igual manera en la naturaleza y en la cultura. Esto implica participar en dos ámbitos netamente diferenciados.

Chantecler, por el contrario, va a elaborar la teoría del amalgamamiento, de un proceso continuo de criollización. Un criollo se hace, no nace es el producto de una tradición que se modifica con los aportes individuales. En un artículo titulado “La viveza criolla característica principal de nuestro juego”, escribe:

País de inmigración el nuestro, al recibir en su seno las grandes corrientes de todas las razas, ha ido asimilando cualidades de cada una para amalgamarlas y darles un sello propio.

De ahí la raza nueva que glosan los intelectuales europeos cuando vienen a estudiar la psicología de nuestro pueblo y no pueden hallarle una idiosincrasia definida, puesto que tenemos algo de cada civilización sin pertenecer típicamente a ninguna (*El Gráfico*, 1932, 652: 21).

Chantecler considera que, sin embargo, en el desarrollo de la viveza criolla ha habido jugadores de la época británica como Leonard, Carlos Brown, Carlos Buchanan y Arnoldo Watson Hutton que contribuyeron a modificar la frialdad británica. Chantecler se va a dedicar de un modo muy minucioso a enumerar "los productos de la viveza criolla" confeccionando un diccionario del fútbol criollo: anunciar una jugada y hacer otra, la bicicleta (un dribbling muy especial), pisar la pelota, provocar el corner o el out, dejar pasar la pelota para que un compañero la reciba, la chilena, simulacro de ataque, el túnel o caño, la marianela y, también, lo que llama "astucias de mala ley" (*El Gráfico*, 1932: 652 y 653). La viveza criolla se convierte no sólo en una lista de inventos sino, fundamentalmente, en una cualidad que se desarrolló históricamente. Detrás de cada una de las jugadas mencionadas suele haber un creador, un jugador criollo que la practicó. El fútbol se concibe como una arena abierta a la fertilización individual. Cada gran jugador contribuye con algo en la construcción de algo colectivo. Este modelo estaba basado en la enumeración (y es lo que Chantecler hace en esos artículos) y, por lo tanto, los individuos preservan su singularidad (véase Strathern, 1992:30-36). La diversidad es el resultado de la mezcla de diferentes pueblos y la amalgama de la viveza (casi como el mercurio) permite que se mantenga el vigor original de cada individuo.

El fútbol es un deporte inglés que fue traído por los ingleses a la Argentina como al resto del mundo. Una de las diferencias entre Buenos Aires y muchas otras ciudades latinoamericanas en donde el fútbol será importante es el peso de los británicos y la cultura británica en la construcción de la ciudad, la modernización de la economía argentina y su incorporación en el mercado mundial. Borocotó trató de construir una teoría del fútbol nacional despojándolo de lo británico, transformándolo en algo puramente criollo. Su *tour de force* y su modificación respecto de la teoría de los nacionalistas es haber vinculado el fútbol criollo con la inmigración. Los inmigrantes criollizan el fútbol porque se transforman en criollos heredando los rasgos de los "auténticos criollos". No hay amalgamamiento. Chantecler acepta la inmigración pero su historia es una historia de vivezas individuales en donde, incluso, hay espacio para los vivos británicos. Lo criollo no es permanente, se va haciendo a la marcha en una suerte de amalgamamiento bien logrado.

El mundo pacífico del amalgamamiento anunciado por Chantecler será problemático, como también lo será el mundo sustancialista de Borocotó. Lo criollo como una mezcla será problemático. Lo europeo, el estilo de jugar europeo, opuesto al estilo criollo, estará siempre presente en el imaginario colectivo argentino. Uno tiene la impresión al leer *El Gráfico* de esa época de que el estilo criollo crece, se consolida y se reproduce porque triunfa. Triunfan sus equipos y los jugadores que van a Europa. Una tradición sólo se construye sobre la base de los triunfos y el reconocimiento de los "otros" que se definen como relevantes. Obsesivamente, *El Gráfico* pregunta a los jugadores europeos que visitan el país, a los diplomáticos europeos estacionados en Buenos Aires, a los jugadores argentinos que juegan en Europa y a los directores técnicos argentinos que triunfan en el exterior "cómo nos ven", "qué piensan en Europa del estilo criollo y los jugadores criollos".

Sobre los cambios de estilo quizás no haya mejor observador (y juez) que Jorge Brown, el jugador modelo del británico Alumni y de tantos seleccionados argentinos de comienzos de siglo. En 1921, nostálgicamente, comenta que:

El football que yo cultivé era una verdadera demostración de destreza y energía. Un juego algo más brusco, pero viril, hermoso, pujante. El football moderno adolece de exceso de combinaciones hechas cerca del arco. Es un juego más fino, quizás más artístico, hasta más inteligente en apariencia, pero que ha perdido su animación primitiva. Con el juego actual se hace menos cantidad de goals, superándolo en esto el antiguo juego, el tradicional. Es preciso observar que el football no es un sport de salón, ni nada parecido. Es un juego violento y fuerte en el que se ponen a prueba la resistencia física y la musculatura de los jugadores. Y este estilo ha desaparecido, desgraciadamente... el "juego largo" ya no se cultiva, en el que se formaron tantos jugadores invencibles. Con el juego nuestro se producían muchos choques pero siempre dentro de la mayor legalidad y respeto por el adversario. Hoy creen que juegan un mejor football los que esquivan el cuerpo para cuidarse solamente de perseguir la pelota y ya es raro que se produzcan las animadas escenas que posibilitaba el juego largo. Ya no se el clásico juego consagrado en Inglaterra e impuesto en el mundo entero. Confieso que soy amante de la tradición y creo, al expresarme así, que estoy en lo cierto (*El Gráfico*, 1921, 107: 11).

Queda claro que en 1921 Brown rechazaba el nuevo estilo y defendía la tradición británica que estaba por perderse. Tres años más tarde cambiará de perspectiva. En 1924, aceptando la consolidación mundial del fútbol argentino y rioplatense, pedía para el fútbol argentino la mezcla de estilos "a fin de que las virtudes latinas tengan su complemento con la perfección de la técnica británica" (*La Nación*, 10-6-1924: 5). De esa manera, el Brown de 1921 aceptaba que la tradición británica era ya un estilo del pasado, y el Brown de 1924 sugería un estilo híbrido como una suerte de tradición del presente. Brown no podía escapar a las preocupaciones y las lógicas culturales de su tiempo y participa, a su manera, en los debates ideológicos dominantes en la Argentina del veinte sobre las bondades o no de la hibridación, la diversidad y la generalización. Desde su perspectiva lo británico podía y debía mezclarse con lo latino ya que de esa mezcla podría surgir un estilo más perfecto. No debemos olvidar que como "héroe" de la fundación británica debía reconocer su perfección.

Hibridación en el mundo ideológico del polo

El primer partido de polo oficial fue jugado en Inglaterra en 1870 entre dos equipos militares (Holt, 1989: 210). Cinco años después se jugaba el primer partido en la pampa argentina, en Ranchos, en la estancia Negrete, propiedad de David Anderson Shennan. Todos los jugadores eran ciudadanos británicos (Ceballos, 1969: 19-21). En 1884 el primer partido oficial fue jugado en la ciudad de Buenos Aires, en el campo de polo de Flores. Un equipo representaba a Bahía Blanca y el otro al recientemente formado Buenos Aires Polo Club. *The Herald*, el periódico inglés que competía en Buenos Aires con *The Standard*, escribe:

It is one of the most manly games ever invented, requiring great courage and dexterity and the finest horsemanship; the ponies also must be well trained, and then there is no doubt that they enter into the spirit of the game as fully as their riders. With two good teams at play, it is most exciting scene for the onlookers as well as the players, and we are glad to see that this noble game has been introduced into this country by Englishmen. The Buenos Aires club proved victorious. The ponies of the other club had only arrived on the previous night and had been trained on sand and so were at a disadvantage on the turf (citado en Graham-Yooll, 1981: 194).

En 1988, Venado Tuerto, el más viejo club de polo existente en la Argentina, fue fundado por F. Hinchliff, F. Thompson, J. Smythe, F. Bridger, C. Tetley (todos ciudadanos británicos) y el barón belga C. Peers. En los años 1890, el polo se jugaba fundamentalmente en las provincias de Buenos Aires y Santa Fe en las estancias de los terratenientes de origen británico. No debemos olvidar que en 1881 la comunidad británica en la Argentina representaba el 36% del total de la población nacida fuera del país (Slatta, 1983: 167). Para 1875, según algunas estimaciones optimistas, el total de irlandeses viviendo en distritos rurales del norte y oeste de la provincia de Buenos Aires era de treinta mil, y ciudades como San Antonio de Areco eran consideradas como ciudades típicamente irlandesas (Mulhall & Mulhall, 1875: 102). En 1892 los delegados de los clubes británicos existentes fundaron en Buenos Aires la Polo Association of the River Plate. A partir de 1894 el polo comenzó a ser jugado por oficiales de caballería y se consolida como práctica casi obligatoria con la creación de la Escuela de Caballería en 1905 (Padilla, 1969: 156-158). El primer club de polo "argentino", El Palomar, fue fundado en 1915 (Laffaye, 1989: 54). Pautinamente, los estancieros no británicos comenzaron a adoptar el polo y ese proceso culminó con la creación en 1921 de la Federación Argentina de Polo, en la que el castellano fue declarado lengua oficial. La vieja asociación británica decidió en 1922 disolverse, algunos de los miembros de su comisión directiva fueron elegidos en la nueva asociación y todos sus clubes pasaron a formar parte de la nueva institución. El polo devenía, de esa manera, un deporte "nacional". La nueva asociación fue bautizada Asociación Argentina de Polo (véase Ceballos, 1969).

El polo fue percibido como un deporte "civilizado" en relación con los deportes ecuestres tradicionales de los gauchos (el pato, las cinchadas y las pechadas). Según Slatta (1986) tanto los estancieros británicos como los criollos veían al polo como un deporte moderno, como un juego disciplinado y civilizado, como un símbolo de los tiempos nuevos que la Argentina vivía. La adopción del polo por los peones rurales y su participación al lado de sus patrones en los equipos de estancias era la mejor prueba. Muchos de los grandes jugadores en los equipos que ganaron el Campeonato Argentino Abierto a fines del siglo XIX y comienzos de éste fueron trabajadores de estancia. En el gran equipo de Las Petacas, ganador del abierto en 1895 y en 1896, los hermanos Sixto (capataz) y José Martínez y Francisco Benítez (peones) jugaban al lado de Frank Kinchant, mayordomo de la estancia del mismo nombre. En Northern Santa Fe, el gran equipo de los hermanos Traill, jugaba José Gonzáles y participó del equipo ganador en 1906. En Western Camps, otro gran equipo de comienzos de siglo, ganador del abierto en 1907 y 1909, jugaba Eduardo Lucero al lado de Juan Campbell, R. Leard y H. Drysdale (Asociación Argentina de Polo, 1993: 16). Los capataces y los peones de estancia desaparecen del polo a partir

de esa época. El argumento para excluirlos fue el de que eran jugadores “profesionales” ya que recibían un salario mientras jugaban en los equipos de sus patrones (Ceballos, 1969: 19, y Laffaye, 1989: 40).

En la construcción ideológica de lo “criollo” en la práctica del polo el equipo de Las Petacas ocupa un lugar privilegiado. Laffaye escribe:

Frank Kinchant... con el apoyo de Jewell (dueño de la estancia de Las Petacas), resolvió formar un equipo impregnado podríamos decir de fuerza telúrica, porque eligió a tres jinetes criollos: el capataz Sixto Martínez y dos peones, su hermano José Martínez y Francisco Benítez. Kinchant les enseñó el uso del taco, las reglas del juego y nada más, porque todo lo demás lo tenían esos criollazos que, en la historia de nuestro polo, pueden considerarse como los preanunciadores de la futura hegemonía polística de los argentinos... Las Petacas, dirigido por Kinchant como número tres, fue el primer equipo de polo que desarrolló un estilo de juego más abierto y cuyos jugadores pegaban a la bocha de todos lados del caballo en una forma nunca vista (1989: 32).

La categoría criollo tiene, en este contexto, contenido étnico, pero prefigura los cambios y la hibridación asociados al polo. Estamos frente a criollos, hombres de a caballo, grandes jinetes que actualizan la tradición gaucha. La condición de grandes jinetes no era, sin embargo, una propiedad criolla ya que los británicos demostraban en la práctica que eran también grandes hombres de a caballo. El *tour de force* ideológico tiene que ser, por lo tanto, construido a partir de mecanismos claros de inclusión y exclusión. En otras palabras, lo que hay que resolver es si los británicos podían o no convertirse en criollos, en nuevos híbridos, a partir de la práctica del polo. Como hemos ya visto, los grandes equipos británicos de fútbol desaparecen tempranamente, mientras que en el polo los británicos y los hijos de británicos quedarán en posición hegemónica hasta mucho más tarde. Ceballos es claro en esto cuando describe la adaptación de los “ingleses” al medio rural:

[...] con un alto grado de adaptación al nuevo medio, los ingleses fueron poblando lo que constituía una fértil sabana casi deshabitada e inexplorada. Fundáronse así estancias y más estancias, en las que convivían británicos y criollos; estos últimos desempeñando las funciones de capataces o puesteros, o trabajando simplemente de peones. Un ambiente frío, pero de mutua consideración y respeto, basado en el cumplimiento del deber, manteníase entre estos hombres. El criollo adolecía de un defecto capital, del cual no era culpable directo: su falta de instrucción... La mayor cultura de los ingleses los colocaba en condiciones de superioridad sobre el hombre de nuestro campo, permitiéndoles asimilar todo lo esencialmente bueno de los nativos y continuar, en lo posible, el mismo ritmo de vida a que estaban acostumbrados, hecho éste bien comprensible si tenemos en cuenta la modalidad tan característica de los británicos: su fidelidad a la tradición y su apego a las costumbres de sus mayores (1969: 18).

Lo “esencialmente bueno de los nativos” va a ser la manera de andar a caballo y sus caballos. Ceballos comenta que desde un comienzo no hubo ninguna duda entre los estancieros británicos de que el polo se convertiría en un gran deporte en la Argentina debido al hecho de que éste era “un país de centauros, donde los campos son tan lisos como ta-

bleros de ajedrez y los caballos denotan admirables condiciones y entrenamiento para la lucha" (1969: 22).

Desde 1896, los estancieros británicos jugadores de polo que vivían en la Argentina organizaban giras a Inglaterra con el objetivo de participar de la temporada polística europea. El primer equipo en gira fue el Buenos Aires Polo Club, integrado por Hugo Scott-Robson, la figura legendaria de las primeras épocas del deporte en la Argentina, Stanley y Frank Furber, Newman Smith y R. Mc Smyth (Laffaye, 1989: 62). Cada participación implicaba una impresionante movilización de recursos marítimos: hasta ocho jugadores, los petiseros y entre veinte y treinta caballos con el forraje necesario para la travesía del Atlántico. Generalmente se embarcaban en Buenos Aires en el mes de febrero o marzo a los efectos de estar en buena forma para los torneos que comenzaban en el mes de mayo. Los sucesos y las victorias representaban éxitos comerciales ya que los mejores caballos podían venderse en Gran Bretaña. Paulatinamente y especialmente después de la Primera Guerra Mundial se fue consolidando un circuito internacional de polo que incluía no sólo campeonatos en Inglaterra sino también en el continente y en los Estados Unidos. Los mejores jugadores "argentinos" que nunca abandonaron la ciudadanía británica, Juan Traill y Luis Lacey, van a participar activamente de ese circuito en la década del veinte y representando a Gran Bretaña jugarán matches internacionales en Europa y en los Estados Unidos. Sobre ellos volveremos enseguida pero es necesario recordar que hasta 1930, año en que aparece el gran equipo "criollo" de Santa Paula, Traill gana el abierto diez veces y consigue 10 de handicap (el primer "argentino" en el mundo) en 1912. Lacey gana siete veces el abierto y consigue 10 de handicap (el segundo "argentino") en 1915. De Traill la tradición dice que aprendió a jugar al polo de la mano del capataz Sixto Martínez, el gran jugador de Las Petacas, y que, por lo tanto, era un representante fiel de la escuela criolla (Laffaye, 1969: 72-73). Hasta 1943 jugadores de los Estados Unidos y Gran Bretaña dominan entre los que tienen 10 de handicap. A partir de ese año comienza la producción masiva de 10 de handicap en la Argentina y continúa hasta la actualidad (Laffaye, 1989: 260-270).

El triunfo argentino en los Juegos Olímpicos de 1924 en París es una oportunidad única para pensar la hibridación, la diversidad y la generalización a través del polo. Volvamos por un instante a Traill y Lacey, los dos mejores jugadores "argentinos" en esa época y ese año. Desde mayo estaban en Inglaterra practicando con el equipo inglés en el cual los dos eran titulares. *La Nación* publica la opinión de Millers, un viejo jugador internacional británico, que sostiene que si los dos juegan ni los argentinos ni los americanos tendrán alguna chance de victoria contra el equipo de Inglaterra (5-6-1924: 2). Éste era un problema para los argentinos que debían encontrar reemplazantes (Nelson, 1969: 116). Los argentinos, que estaban también en Inglaterra practicando desde mayo, muestran un mayor optimismo y confianza sobre las posibilidades de triunfo en París y declaran que "una vez que el equipo logre combinar mejor podrá vencer a todos sus adversarios" (*La Nación*, 6-6-1924: 1). La federación inglesa de polo duda sobre la oportunidad de designar el equipo definitivo y esto crea aparentemente toda una serie de problemas (*La Nación*, 10-6-1924: 1). Sin embargo, el problema de fondo ha sido creado por los dos jugadores "argentinos" Traill y Lacey, que anuncian oficialmente que es un orgullo participar del equipo inglés pero que en el caso de ir a París no jugarán contra la Argentina (*La Nación*, 12-6-1924: 2). Esta actitud moral (que no ha sido recuperada por los historiadores del polo argentino) expresa los dilemas de dos personas "híbridas". En tanto que ciuda-

danos británicos (y oficial y veterano de la guerra del '14 como en el caso de Lacey) aceptan jugar contra los Estados Unidos, pero no pueden hacerlo contra la Argentina porque sienten que forman parte de la "tradición de ese país". Uno puede imaginar que para Traill y Lacey jugar contra la Argentina y quizás ganar podría verse casi como una traición a la tierra que los acogió y en donde vivían. El resultado de esta decisión fue positiva para las ambiciones argentinas ya que la federación inglesa decide reemplazar el poderoso equipo civil por uno militar, que era menos fuerte y que no llegaría a la final. Antes de estos cambios Nelson, el capitán argentino, estaba convencido del inevitable triunfo inglés (*La Nación*, 25-6-1924: 2).

Volvamos a *El Gráfico* y veamos cómo se construye la idea de la superioridad de los argentinos. Es importante recordar que el equipo argentino estaba formado por tres "anglos": Juan Nelson, Arturo Kenny y Juan Miles, además excelentes jugadores de cricket, golf y tenis, y un militar criollo, el capitán Enrique Padilla, que no juega ni al cricket, ni al golf, ni al tenis (véase *La Nación*, 7-1924: 2). Como suplente iba Guillermo Brooke Naylor. El mayor Luis Sierra, polista activo, desarrolla la siguiente teoría:

La superioridad [de los argentinos] es de tres órdenes: la resistencia del hombre, la forma argentina de andar a caballo y la calidad de los petisos. El hábito del equilibrio lo hemos adquirido nosotros, sin consejos ni reglas de equitación, en la práctica frecuente y natural del caballo en nuestro país. Los argentinos, a caballo, difícilmente pueden ser superados por otros jinetes. Por lo demás, el jinete dedicado al deporte de polo, ha alcanzado su máximo desarrollo con el conocimiento de las reglas de equitación. No afirmo que se hayan generalizado a todos, pero que se practican es una prueba del triunfo que ya han alcanzado frente a los extranjeros. La manera como nosotros tomamos la rienda, representa un gran alivio para el petiso, que acusa mayor desenvoltura que jineteado por el inglés o el yanqui, a quienes superamos en velocidad y en malicia para el juego y en espíritu de sacrificio. Poseemos más temperamento que ellos para la lucha, quizás debido a un instinto atávico que aún late en nuestras venas y que se manifiesta en muchas cosas nuestras. Creo, en suma, que los europeos tendrán que sufrir muchos reveses de los *salvajes*... el [jugador] inglés tiene hábitos de mesura y es conservador en todas sus manifestaciones. No es hombre que arriesga si se encuentra en situación desventajosa, y en el polo se presentan tantas, que en ellas sólo prosiguen la lucha los hombres de nuestra idiosincrasia (*El Gráfico*, 5-7-1924, 261: 19).

Para Sierra los jugadores de origen británico son típicamente argentinos ya que jinetean como los criollos, toman la rienda para aliviar al caballo, tienen mayor velocidad y malicia, y, además, tienen espíritu de sacrificio. Esa sustancia "atávica" aparece como temperamento y define la condición de *salvajes* (frente a los civilizados europeos y yanquis). Un mismo juego, una práctica corporal sometida a las mismas reglas y a idéntica restricción de recursos, produce diversidad de estilos ya que hay individuos como representantes de tradiciones que sobreviven y se apropian de las nuevas prácticas. Es obvio que en este esquema la hibridación se produce a partir del contacto con una sustancia pero también por el hecho de que ésta sobrevive en una práctica generalizada: la manera de andar a caballo. El polo remite, por lo tanto, a un elemento muy caro a los nacionalistas de la época (y no hay que dudar de que el mayor Sierra los representa): la reivindicación de las condiciones gauchescas.

A la pregunta sobre la diferencia entre los ponies argentinos y los ponies de los equipos extranjeros Sierra responde:

Lo principal [de los extranjeros] es que no gozan, como los nuestros, de vida fuerte y libre, en pleno campo; que no han tenido sino un medio de formarse, que podríamos llamar artificial, en pequeñas extensiones de terreno y en boxes. En tales condiciones, el animal posee una fortaleza relativa; su poder no adquiere desarrollo, disminuyendo su flexibilidad y su instinto para la lucha. ¿Disponen, acaso, los caballos ingleses de lugar para *disparar fuerte*? En el caballo de polo argentino no se ha seleccionado su conformación, como en el de carrera, cuya lámina es hermosa, mucha su velocidad, pero que en cualquier accidente, su vida concluye en la pista; empero, se ha procurado mantener la sangre criolla, mediante el cruce con yeguas de nuestros pagos, esa sangre es una herencia de libertad y de una existencia brava en el desierto... No hagamos historia de la heroicidad del caballo criollo: baste decir que está bien constituido, que sus órganos son de acero, beneficiado por las condiciones naturales en que se forma (*El Gráfico*, 5-7-1921: 19).

Sierra entra en uno de los temas de discusión de la época: la cruce de caballos ponies. En el pasado, especialmente Francisco Ceballos, el primer vicepresidente de la Asociación Argentina de Polo, había polistas y estancieros que eran partidarios de la utilización de caballos puros criollos ya que creían fervientemente en sus condiciones de docilidad y rudeza (véase Ceballos, 1969: 9-10). Incluso, en una de las primeras giras exitosas en Inglaterra, la de 1897, organizada por Francisco Balfour, el equipo que sale de Buenos Aires lleva una caballada formada exclusivamente por petisos criollos. Los resultados deportivos fueron buenos ya que de 23 partidos sólo perdieron 3 (Laffaye, 1989: 63-64). Para 1924 los partidarios del caballo criollo puro habían perdido la batalla. Ceballos reconoce que para antes de la primera guerra:

[...] el caballo criollo fue desplazado... por caballos con un alto grado de mestización... las condiciones físicas del mestizo de polo [influyen] en el cambio de la modalidad de juego... Las características del petiso mestizo obran fundamentalmente en una nueva fisonomía del juego, pues a la presteza en el pique del caballo criollo le sucede la velocidad sostenida del caballo mestizo, que le proporciona el "fondo" de este animal y hace que el dribling sea sustituido ante la velocidad en los desplazamientos a todo lo largo del campo, por el juego de combinación donde se aprovecha al jugador mejor montado o al más hábil en el tacazo (1969: 63).

En la producción del nuevo híbrido, tanto en la concepción de Sierra como en la de Ceballos, se mantienen ciertas cualidades del caballo y de la yegua criollos. La herencia de libertad, heroísmo y condiciones de acero en Sierra (metáforas militares) se transforma, simplemente, en pique para Ceballos. Los criollos puros no pueden producir la velocidad sostenida en los desplazamientos largos que van a ser dominantes en el polo moderno. Esto sólo se consigue a través del componente pura sangre. En la interpretación de Ceballos, los mestizos nuevos pierden esa calidad de dribling que caracterizaba al polo antiguo. Si pensamos comparativamente con el fútbol las simetrías son notables: lo británico se asociaba al juego largo y lo criollo al dribling, cualidades que existen respectivamente en el pura sangre y en el criollo. Lo criollo se define por el dribling (por la viveza y la picar-

día). Ahora bien, el juego largo en el fútbol es visto negativamente mientras que en el polo aparece como una cualidad positiva y un rasgo de la modernidad. El juego largo, en ambos casos, no viene del tipo criollo y sólo un híbrido es capaz de aportar ese atributo.

Si aceptamos el nuevo híbrido, en la concepción de Sierra ese caballo (ya argentino) es superior porque crece en libertad, es un producto de la naturaleza, de la pampa, porque tiene espacio y esto lo ayuda a mantener su brío y su vivacidad. Los caballos ingleses no crecen en libertad y serán más apáticos, menos briosos y menos fuertes. Esta naturaleza constituye una suerte de todo que trasciende a las partes. La pampa y sus condiciones se pueden encontrar en cada individuo, en cada petiso. Esta condición general es, obviamente, única en relación con la naturaleza inglesa. La misma lógica de generalización y diversidad está presente cuando se piensa en los atributos físicos de los distintos tipos de animales. La idea de fusión no excluye la sobrevivencia de lo originalmente criollo. La preocupación por la pérdida del componente criollo está presente y el riesgo que se corre si su "pureza" se pierde. *El Gráfico* menciona que en un campeonato de polo en Coronel Dorrego hubo un equipo, El Bagual, que lo ganó utilizando sólo caballos puros criollos y reconoce que "el criollo es un caballo con cualidades de rusticidad, bravura, resistencia y agilidad que la mestización estaba a punto de malograr definitivamente" (4-9-1926, 374: 5).

Otro argumento de la época para explicar la calidad de los ponies argentinos es el hecho de que parte de su entrenamiento se hacía en el trabajo con ganado en la estancia. En ese proceso y en contacto con los gauchos y los petiseros es que se forjan las nuevas cualidades del híbrido. El presidente de la Asociación Argentina de Polo Miguel Martínez de Hoz, comentando el triunfo argentino en las Olimpíadas, trata de explicarlo sin apelar a las metáforas militares y a la oposición entre civilización y barbarie, tan caras al mayor Sierra:

[...] el pony debe ser de recia planta y de pique rápido y debe perfeccionarse en las tareas de campo llevadas a cabo por los criollos petiseros que son los que los educan. Entre estos petiseros abundan excelentes jugadores que, desgraciadamente, no participan en los abiertos. La estrategia es mezclar caballos puros con yeguas mestizas. En la educación de los petisos la recostada con otro animal en el trabajo de campo es muy importante (*La Nación*, 13-7-1924: 1).

Y agrega, enfáticamente, que los jugadores argentinos de polo son los mejores del mundo porque jinetean como gauchos, es decir:

[...] manejan con la rienda sobre el pescuezo y la mano completamente libre, es decir, sin forzar la muñeca, a lo que se añade la costumbre de correr con la rienda suelta, haciendo en esa forma que el animal tenga libertad de acción, sin ser lastimado con el freno en la boca (*La Nación*, 13-7-1924: 1).

Luego de la victoria frente al equipo estadounidense Martínez de Hoz había hecho los siguientes comentarios:

[...] es de suma importancia en la victoria conseguida por los argentinos que han usado en los matches caballos criollos, mientras que los demás participantes lo han hecho con animales de otros países, entre los cuales, a no dudarlo, habrán figurado algunos argentinos.

Creo, también, que en un porvenir no lejano será éste el caballo preferido en el mundo entero (*La Nación*, 7-7-1924: 2).

Es importante retener que en este contexto el concepto de caballo criollo alude al hecho de que eran criados en la Argentina y no que eran de raza criolla. Tener el cuidado de los petiseros criollos, haber crecido en el campo argentino, haber comido el pasto argentino y ser jugados por jugadores que se pensaban criollos define la condición de híbrido criollo. Martínez de Hoz también comenta el estilo de jugar criollo de la siguiente manera:

[...] los argentinos han impuesto en Europa el polo ligero... la práctica del juego largo... así la creencia antigua de que el polo debía jugarse lentamente y mediante tiros cortos está desterrándose para beneficio del deporte que con su vivacidad y ligereza adquiere mayor belleza (*La Nación*, 7-7-1924: 2).

El estilo criollo para afirmarse como estilo propio no sólo necesita de triunfos sino, como en el caso del fútbol, que los "otros" lo reconozcan como tal. Esto ocurrió en París. Un periódico francés describe la victoria argentina de la siguiente manera:

Los jugadores argentinos, tres de los cuales son de origen anglo-sajón, son de talla mediana, delgados, con excepción de uno de ellos, de formas atléticas y ágiles. Buscan estar adheridos a la montura, y parecería que no forman más de un solo cuerpo con sus montas. Los 35 animales del equipo son pur-sang y mestizos argentinos, más bien pequeños, de 1.50 metros. Es digno de notar, al mismo tiempo, su ligereza, el desarrollo de sus bellezas esenciales, el garrón, las paletas, y sus miembros en general. Son seleccionados entre una gran variedad de tipos, entrenados para adquirir grandes velocidades y probados seriamente en la resistencia de sus miembros. Manejados con mucha dulzura, tenidos con una sola rienda, hacen maravillosos movimientos y piruetas increíbles, dando la impresión de que fueran animales que se mueven libremente. Los jugadores los manejan con la misma facilidad como si manejaran raquetas de tenis, y el público en ningún momento recibe la impresión de que estos animales estuvieran martirizados. Los argentinos sorprenden por su gran habilidad con el taco. Menos fuertes que los americanos, practican con una sangre fría sorprendente y una decisión vivaz, una táctica muy suelta y variada. Cada uno da la impresión, por la velocidad que despliega, de hallarse plenamente seguro de la colocación de sus compañeros en el campo de juego (Laffaye, 1989: 96).

La Nación va a festejar la victoria de los polistas argentinos como una expresión de la unidad entre lo civil y lo militar y de la calidad de los nuevos híbridos producidos en la pampa: jinetes (casi como gauchos) y caballos. La presencia del capitán Padilla significa:

[...] una doble representación civil y militar y una de las altas expresiones de la cultura deportiva del pueblo y del Ejército... cuando hace falta la virilidad, la técnica, el coraje, el concepto de ataque y defensa, no podían faltar oficiales de nuestro Ejército (*La Nación*, 13-7-1924: 1).

Sobre los nuevos híbridos escribe:

Los polistas son representantes genuinos de esta raza joven, fuerte y viril. La proeza que han sabido coronar con tanto brillo sobrepasando, invictos, la pericia, la habilidad y el tesón de cuantos se opusieron al empuje de esos bravos petisos nacidos en la pampa, es una proeza que nos alcanza como una alta y confortante revelación de cuánto es capaz de producir el esfuerzo argentino. La victoria de estos jóvenes es pues, ante todo, una victoria de su voluntad, y en este concepto, por lo que ello significa en el orden moral, merece ser señalada a la manera de un ejemplo saludable... Los triunfos de los atletas argentinos comportan ante propios y extraños la demostración palmaria de que nuestra raza, por la extraordinaria confluencia de sus corrientes de origen, por la salud moral que pone en su sangre prodigiosa riquezas de vitalidad y de energía, por su aptitud para asimilar todas las características superiores de los pueblos fuertes, en fin, por el armonioso aflujo de cuantos dones materiales y espirituales enaltecen la condición humana, tiene perspectivas abiertas a todas las ilusiones y a todas las esperanzas (*La Nación*, 13-7-1924:1).

A modo de conclusión

Creo haber demostrado que en las lógicas analizadas, tanto entre los pensadores nacionalistas como entre los periodistas y algunos actores privilegiados que reflexionan sobre el significado de prácticas deportivas, la diversidad de orígenes no excluye procesos de generalización en donde lo central es el amalgamiento continuo de las nuevas mezclas. La sustancia original, lo criollo, se supone que existe y su fuerza reside en la capacidad de asimilar "las características superiores de los pueblos fuertes". Lo criollo se piensa, algunas veces, como una mezcla preexistente que tiene una identidad estable y que, por ello mismo, es capaz de absorber nuevas influencias. La absorción es pensada como un proceso doble: a partir de la mezcla sexual y biológica o/y a partir del contacto con los productos, prácticas y símbolos culturales de lo criollo. En ese contexto lo criollo se concibe en relación con ciertas características del paisaje, de los productos de la tierra, de la existencia de tradiciones (gauchos petiseros o manera de cabalgar) y ciertos valores y cualidades morales. La presencia de un híbrido antes de que el proceso de hibridación se acelere en la Argentina permite una recepción de lo nuevo en términos de creatividad cultural. Los anglos haciendo polo se transforman en criollos, crean un estilo criollo y sus ponies tienen todavía un componente genético criollo porque reciben esa herencia en la socialización. En el fútbol los anglos serán menos creativos (porque no están en contacto con lo criollo quizás) y, al contrario, serán los españoles e italianos y sus hijos los que crean un estilo de juego diferente del que es pura repetición del estilo británico.

El análisis ha permitido, también, ver que esta lógica opera a partir de mecanismos específicos de inclusión y exclusión. En el contexto del polo las características superiores aparecen, obviamente, vinculadas a los pueblos británicos mientras que en el fútbol éstos serán excluidos (luego de la auto-exclusión de los grandes clubes británicos, como Alumni, que abandonan la práctica activa del fútbol ante la "avalancha" de los nuevos clubes) y esos rasgos serán atribuidos a los pueblos latinos (italianos y españoles). Detrás de esto existe una realidad demográfica y de clase ineludible. Los futbolistas de origen británico para mediados de la década de 1910 son ya una minoría mientras que en el polo serán una mayoría hasta finales de la próxima década. El fútbol se transforma en una práctica deportiva popular urbana mientras que el polo seguirá asociado al control de la tierra que es lo

que permite la cría de caballos. Los terratenientes de origen británico no abandonan sus propiedades y con el tiempo, a través del casamiento, se integran a la clase terrateniente dominante en la política y en la vida cultural del país.

Nuestros casos ilustran la dificultad de pensar actividades rituales, prácticas corporales y performances ejemplares (transformados en símbolos potentes de lo "nuevo") a partir de un modelo de autonomía cultural. El caso del fútbol ilustra el modelo de hibridación que crea una "forma pura" que no existía en el pasado y que históricamente ha de transformarse en un estilo definido, "la nuestra", y en una tradición. El caso del polo es una fusión ya que el nuevo estilo "largo" puede compararse con el anterior, el "corto", y los nuevos petisos con los que eran criollos puros. La hibridación no está pensada como un caos en donde el resultado es una suerte de heterogeneidad radical (aunque estaba latente entre los pensadores nacionalistas realmente xenófobos).

La diversidad no excluye la construcción paulatina de un modelo en el que el todo híbrido creado trasciende las partes, o sea los individuos que lo integran. Sin embargo, hay grados de alteridad diferentes, lo que convierte el modelo de lo nacional, que engloba los híbridos generados en prácticas sociales diferentes, en problemático. Una representación nacional exitosa necesita integrar las diferentes alteridades, necesita de todos los fragmentos e implica la eliminación de identidades eventualmente incompatibles (véase Archetti, 1995). Nuestros casos demuestran que para esa época el grado de aceptación de lo híbrido garantiza la aparición de nuevas identidades compatibles. Las construcciones ideológicas de la prensa deportiva y de algunos de los actores fundamentales pueden ser vistas como ejemplos de creatividad cultural. Sin embargo, nuestro análisis revela la existencia de mecanismos de exclusión que aparecen claramente expuestos y que demuestran la existencia de las relaciones contradictorias entre lo nacional y el contenido de clase de las prácticas deportivas. □

Bibliografía

- Asociación Argentina de Polo, 1993, *Campeonato Abierto de Polo. Cien Años de Historia 1893-1993*, Buenos Aires, Asociación Argentina de Polo.
- Archetti, Eduardo P., 1995, "Nationalisme, football et polo: tradition et créolisation dans la construction de l'Argentine moderne", *Terrain*, 25: 73-90.
- Borges, Jorge Luis, 1993 (1926), *El tamaño de mi esperanza*, Buenos Aires, Seix Barral.
- Ceballos, Francisco, 1969, *El polo en la Argentina*, Buenos Aires, Dirección General de Remonta y Veterinaria.
- Cornblit, Oscar, 1969, "Inmigrantes y empresarios en la política argentina", en Torcuato Di Tella y Tulio Halperin Donghi (eds), *Los argentinos: los fragmentos del poder*, Buenos Aires, Jorge Álvarez.
- Gobineau, Joseph Arthur, 1983 [1853-55], *Essai sur l'inegalité des races humaines*, París, Gallimard.
- Graham-Yooll, Andrew, 1981, *The Forgotten Colony. A History of the English-Speaking Communities in Argentina*, Londres, Hutchinson.
- Hannertz, Ulf, 1989a, "Notes on the Global Ecumene", *Public Culture*, 1, 2: 66-75.
- , 1989b, "Culture between Center and Periphery: Toward a Macroanthropology", *Ethnos*, 54: 200-216.
- , 1992, "Stockholm: Double Creolising", en Åke Daun, Bille Ehn y Barbro Klein (eds.), *To Make the World Safe for Diversity. Towards an Understanding of Multi-Cultural Societies*, Tumba, The Swedish Immigration Institute and Museum.
- Harris, Olivia, 1995, "Knowing the Past. Plural identities and the antinomies of loss in Highland Bolivia", en Richard Fardon (ed.), *Counterworks. Managing the Diversity of Knowledge*, Londres, Routledge.
- Holt, Richard, 1989, *Sport and the British: A Modern History*, Oxford, Oxford University Press.
- Hylland Eriksen, Thomas, 1994, *Kulturelle veikryss. Essays om kreolisering*, Oslo, Universitetsforlaget.
- Ibarguren, Carlos, 1934, *La inquietud de esta hora*, Buenos Aires, Roldán Editor.
- Laffaye, Horacio A., 1989, *El polo internacional argentino*, Buenos Aires, edición del autor.
- Latour, Bruno, 1993 (1991), *We Have Never Been Modern*, Londres, Harvester Wheatsheaf.
- Lugones, Leopoldo, 1961 (1916), *El payador*, Buenos Aires, Ediciones Centurión.
- Mulhall, M.G. y E.T., 1885, *Handbook of the River Plate*, Londres, Ballantyne Press.
- Mörner, Magnus, 1971, *Le métissage dans l'histoire de l'Amérique Latine*, París, Fayard.
- Nelson, Juan, 1969, "Giras al exterior, sus consecuencias", en F. Ceballos, *El polo en la Argentina*, 103-140.
- Padilla, Enrique, 1969, "El polo en el Ejército", en F. Ceballos, *El polo en la Argentina*, 151-175.
- Rojas, Ricardo, 1909, *La restauración nacionalista*, Buenos Aires, Ministerio de Justicia e Instrucción Pública.
- Slatka, Richard W., 1983, *Gauchos and the Vanishing Frontier*, Lincoln, University of Nebraska Press.
- , 1986, "The Demise of the Gaucho and Rise of Equestrian Sport in Argentina", *Journal of Sport History*, 13, 2: 97-110.
- Solberg, Carl, 1970, *Immigration and Nationalism. Argentina and Chile, 1890-1914*, Austin, University of Texas Press.
- Strathern, Marilyn, 1992, *After Nature. English Kinship in the Late Twentieth Century*. Cambridge, Cambridge University Press.
- Todorov, Tzvetan, 1989, *Nous et les autres. La réflexion française sur la diversité humaine*, París, Seuil.
- Young, Robert J. C., 1995, *Colonial desire. Hybridity in Theory, Culture and Race*, Londres, Routledge.